



# Sobrevolando Berlín

Pablo E.M. Szlagowski

Las formas de ver la ciudad fueron múltiples desde la antigüedad hasta la actualidad, pero quizás hoy en nuestra ciudad pareciera que existen sólo algunas miradas posibles o autorizadas, visiones vinculadas a intenciones de gestión urbana a la que se subordinan varios de los cuerpos de nuestra disciplina. Planes estratégicos de escasa consistencia, obras parciales de «embellecimiento», y diluidas políticas de preservación del patrimonio enmascaran la operación efectiva sobre la ciudad de modo de no cambiar, al estilo de la novela de Lampedusa, una realidad urbana agonizante y perimida.

El fin de este texto no es sólo mostrar una ciudad como Berlín, sino una manera de ingresar a la ciudad contemporánea, en una óptica que quizás no sea la apropiada para los conservadores de arquitectura, pero en un intento de verla para comprenderla, y de estudiar sus comportamientos y formas de transformarse como un proyecto urbano en desarrollo. Existe una especie de deformación profesional del arquitecto, quien con la imperiosa necesidad de producir una solución, sacrifica parte de su potencial crítico al interpretar el medio en que se desenvuelve, para luego quedar prisionero de esa absurda reducción de la realidad. Sin la crítica, la actividad proyectual es virtualmente paralizada y sometida a mitos que obligan a una respuesta automática. Esta forma tan habitual de ver y operar con la ciudad entre nosotros, fue extensamente puesta de manifiesto en los últimos concursos locales y en uno que está ya por finalizar.

El caso de Berlín es una excusa para estudiar diversas posiciones sobre la ciudad, distintas formas de comprensión, y algo fundamental, para estudiar la ciudad proyectándola y no observarla detenida en una enmohecida vitrina de exposición.

Berlín posee muchas historias sobre sí y es interesante descubrirlas junto con sus proyectos. Si nos adentramos en su historia física encontramos diferentes formas en que sus elementos se relacionan y la formalizan: estructuras de polarización, de yuxtaposición, de superposición, e incluso de sobreimposición que alojan sus nuevos

componentes agregados por el devenir histórico de la ciudad.

Para encontrar un camino de comprensión del cuerpo de Berlín, es interesante profundizar en su historia, en los eventos que la marcaron y la configuraron múltiple y compleja, huellas de sus diversas etapas

El cuerpo de Berlín está marcado por los variados acontecimientos que se sucedieron sobre ella, desde sus inicios como parte integrante de aquel Sacro Imperio Romano Germano; como capital del emergente estado Prusiano bajo el reinado de Federico Guillermo; como una ciudad fuertemente influenciada por las ideas federales de la reunión en la Paulskirche de Francfort de 1848; como testigo de la conformación del 2º Reich de Bismark; como quien sufrirá las consecuencias de la Gran Guerra; como el espacio de las sublevaciones marxistas y obreras; como quien dirigirá la nueva república de Weimar; como el lugar de enfrentamientos entre nacionalistas y socialistas; quien presenciara la asunción de Hitler; quien sufrirá el holocausto y la guerra; quien morirá tras los bombardeos aliados de 1945.

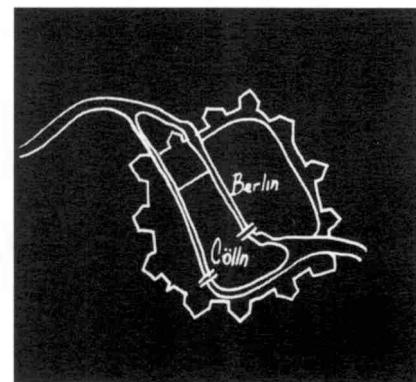
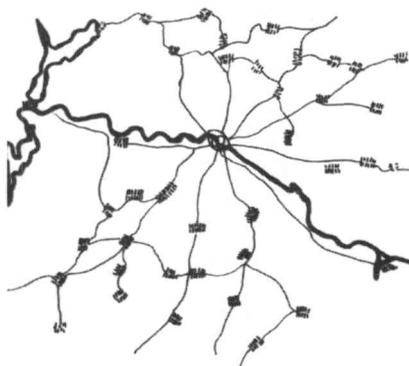
Berlín, junto a su vecina Cölln, será desde 1244 un punto de referencia en el corazón de Europa. El Siglo XIV encuentra estas dos ciudades definitivamente unidas y a una red de poblaciones existentes muy cercanas de cierta jerarquía con quienes conformaban un sistema de conexiones de cierto equilibrio. La polarización territorial generada así es ya una prefiguración de la

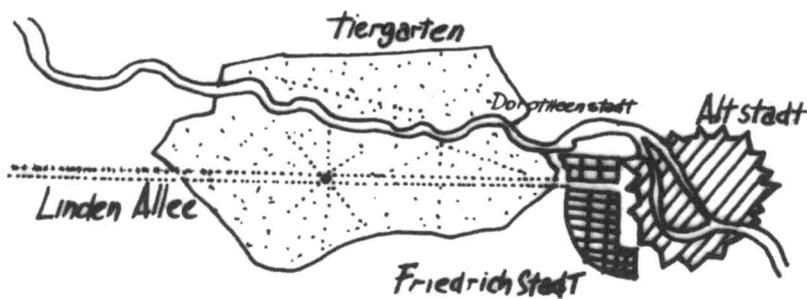
imagen y estructura actual de Berlín. Estos poblados en red son los que hoy configuran los diferentes barrios del Gran Berlín, los cuales en su mayoría mantienen el mismo nombre de entonces.

Las dos ciudades originalmente divididas por el río Spree permanecieron inicialmente amuralladas para luego conectarse íntimamente.

Bajo el reinado de Federico Guillermo el Gran Elector (1680-1701) es que se realizaron las primeras modificaciones de la ciudad dada la gran migración producida hacia Berlín de pobladores de otros reinos e incluso de hugonotes perseguidos en Francia, lo que posteriormente hizo llamarla la «ciudad de la tolerancia». Este episodio multinacional, es de alguna manera el nacimiento de un sentido cosmopolita de la intervención urbana y de un tipo particular de imagen y composición social. La primera extensión urbana se desarrolla en el norte del camino que lleva hacia el campo de caza, lugar donde justamente se asentarán los hugonotes, hoy ubicado entre el Tiergarten y el Mitte.

Una vez conformado el Reino de Prusia, hacia 1680, comienza una forma de organizar la ciudad que pareciera ser propia de Berlín, pero se registran otros casos de extensión similar en otras ciudades europeas. Se trata de una estructura que puede verse en el plano de Moritz y que está basado en una serie de objetos que constituyen los elementos primarios de este tipo de composición renovando la ciudad amurallada con una avenida de Tilos (Lindenalleé)





hacia el Bosque o Parque urbano (Tiergarten) justo en el momento en que la ciudad se expande hacia el oeste creando un establecimiento residencial en cuadrícula denominado Friedrichstadt.

Hacia 1760 se ve ya una ciudad un poco más compleja y unitaria, en la que comienzan a desarrollarse procesos de suburbación como otras estructuras que albergan las nuevas actividades de la incipiente modernidad que el corazón histórico no es capaz de contener.

Por lo tanto los elementos que componen la ciudad son diversos y se van ampliando a cada momento definiendo un paisaje urbano compuesto por la Altstadt, Dorotheenstadt, Friedrichstadt, Lindenallee, Tiergarten, Spree y la serie de bosques aledaños y diversos cursos de agua y lagos que hoy conforman el sistema del Havel. Esta configuración tan variada otorga a Berlín una fisonomía decididamente particular que refleja continuamente un equilibrio entre arquitectura y naturaleza, muy presente en todas sus épocas y espacios.

En la gran expansión hacia el oeste, producto de la densificación producida por las grandes migraciones a la ciudad por su situación centro europea, y por desarrollos especulativos sobre la tierra, comienzan a verse correcciones de su trazado bajo formas de intervenciones similares a las de Enrique IV en París, con las que se inician prácticas de fijación de focos, figuras o puntos de interés particular en el mapa de la ciudad: Pariser platz y la puerta de Brandeburgo, conforman un sistema que vinculado al sector central donde se instala el Palacio real (Schloss) por la ahora Unter del Linden, configura una estructura simbólica y ceremonial de representación del poder político en la ciudad. Otras estructuras celebran de la misma manera la renovación de la ciudad como lo hacen el octógono (hoy Leipziger platz), y un sistema de conexiones perspectívico en tridente en la hoy denominada Mehring platz.

El ensanche prosigue en el suburbio sobre todo hacia el sur, y ya para 1850 están presentes casi todos los elementos que definen su particular estructura, como lo son las construcciones de la llamada Isla de

los Museos, el Palacio Real, el Dom, la serie de edificios públicos sobre la Unter den Linden y la Puerta de Brandeburgo. Sin embargo, hasta aquí se mantiene todavía una estructura de relaciones basada en una situación simple de yuxtaposición de elementos de diverso origen y significado. Hacia 1860, en los albores del 2º Reich se comienza a distinguir una Ciudad Capital de denso tejido que alberga una población que ronda los 430.000 habitantes y que intenta competir con París como la gran capital europea continental.

Edificios públicos clásicos, vestigios de iglesias medievales, instalaciones industriales y de servicio, conforman una ciudad monumental que recuerda los dibujos realizados por tantos arquitectos alemanes que contemplaron la arquitectura clásica griega, y que imaginaron a través de ella la definición de un sistema representacional de las glorias nacionales.

Aquellos vestigios de la ciudad medieval que se encuentran yuxtapuestos a estos nuevos modelos, darán a la ciudad una posibilidad de pensar en el propio pasado, en lugares que fueron valorados al caer el sistema imperial, y en los que la república de Weimar sintió agrado por conservar dada su conformación espontánea y doméstica, enfrentándose decididamente con aquella herencia monumental del imperio alemán. Una nueva periferia que rodea el centro histórico será la que reciba y aloje las nuevas estructuras e instalaciones propias del desarrollo técnico y económico de finales del siglo XIX, en zonas como las aledañas al Mühlendamm y a la curva del



Spree, transformando a Berlín en el centro industrial más importante del continente europeo.

Un significativo relato de Walter Benjamin de la casa de vecindad (Mietkaserne) nos revela las penosas cualidades de una estructura nacida en el seno de un estado prusiano que favorecía densificación extrema, y dentro de una lógica geométrica representativa de ocupación reticular. El desarrollo especulativo de este modelo de densificación, favorecido por la falta de legislación en temas de expropiación y propiedad horizontal, llegó hasta el absurdo teniendo lotes de 20 x 50 con más de 1000 habitantes y patios de ventilación de 5 m<sup>2</sup>, «ventilando» 6 pisos de altura, comparables sólo con las manzanas insalubres parisinas tan repudiadas por Le Corbusier. Un Berlín de piedra que califica W. Hegeman y nos describe Benjamin. No es posible comprender la mayor parte de las experiencias de las Siedlungs modernas de los años 20, sin pensarlas como una salida desesperada a la falta de condiciones mínimas de habitabilidad, y como firme oposición al hacinamiento y a la insalubridad generada por esta contextura metropolitana.

La vida cotidiana se acelera vertiginosamente en esta metrópolis densa que apoya sus movimientos en un sistema de transportes mecánico de variadas texturas; vida frenética que está reflejada en lugares tan preciados concurridos como lo es Potsdamer platz, donde todas las clases sociales se entrecruzan demostrándose a sí mismas ese perfil moderno adquirido en forma vertiginosa. Los paseos y avenidas berlineses de fin de siglo son comparables con las descripciones de aquella vitrina de modernización que Baudelaire hacía de París.

El conflicto de la 1ª Guerra Mundial, marcó otro cambio fundamental en la vida de Berlín luego de la rendición de Alemania frente a los aliados, y de la definición de un nuevo orden republicano que es instaurado por los parlamentarios de Weimar. Esta nueva república liderada por la social democracia, será el marco de una serie de experiencias fundamentales para afirmar un sentido de modernidad, tan fuerte en

sus principios como en el impacto físico de su impronta en la trama urbana. El desarrollo expansivo de las vanguardias artísticas, de los movimientos sociales y de la participación popular, el auge de la técnica y el desarrollo de los métodos constructivos, cambiarán el paisaje de una ciudad que en 40 años creció 10 veces en población, llegando en 1910 a poseer 4.300.000 habitantes, en su mayoría provenientes de varios países de Europa reafirmando ese carácter cosmopolita inicial.

Es este el momento en que encontramos ya una estructura de superposición entre el crecimiento del centro histórico y el desarrollo de cada uno de los viejos poblados vecinos que naturalmente fueron transformándose en barrios berlineses de definida identidad perdurable hasta hoy como lo son Tempelhof, Pankow, Dahlem, Willmersdorf, Lichtenberg, Tegel, Spandau, Steglitz, Weißensee, etc. La nueva estructura así formada por la intensificación de variados centros poblacionales y funcionales conforma lo que fue denominado administrativamente el Gran Berlín, una gran estructura de características regionales, de múltiple orden productivo, de variada conformación edilicia, pero con un amplio deseo de experimentar la construcción de una gran ciudad residencial obrera.

Este procedimiento administrativo de fusionar numerosas localidades en una sola ciudad proveyó a Berlín de un control de sus límites, aportando un importante equilibrio entre la extensión horizontal de la ciudad con el rico y complejo paisaje natural que rodeaba a estas aglomeraciones.

Esta Berlín industrial y metropolitana y sus numerosas expresiones de vanguardia impusieron a aquellos tiempos el mote de «años dorados», construcción falsa e irreal que no representa lo agitado y violento de aquellos momentos sobre todo en materia política.

Pintores como Braun, Grosz y Niebühl, representan una vida vertiginosa de multiplicidad cultural, rica para el material de la vanguardia, pero denostada por la derecha política quien veía en ella la degradación de la moral y del espíritu prusiano. Esta aglomeración de sistemas sociales diferentes hizo que se denominara a Berlín como un «archipiélago jerarquizado». Dentro de ese contexto de vanguardias, la disciplina arquitectónica, por deformación profesional, casi siempre intenta blanquear los puntos confusos, tratar los desórdenes físicos de manera de equilibrar o tranquilizar las colisiones y desórdenes propios del sistema metropolitano. Se realizan varios concursos buscando nuevas formas o principios estéticos, pero sin tomar en cuenta la complejidad de la materia que se trata. Proyectos de Hilberseimer, Poelzig y Van Eesteren hablan más de sus ideas abstractas de modernidad que de lo referente a esta ciudad en su complejo devenir. El movimiento moderno va a tener que encontrar su lugar en la construcción de la periferia, frente al rechazo de sus nuevas formas por

parte de la derecha alemana, en esta pulseada de entreguerras entre el orden republicano y el antiguo poder imperial. Se trabajará entonces en las colonias (Siedlungs) entre los centros de los barrios o antiguos poblados densificados y el centro berlinés. Estas Siedlungs se establecen tanto en contraposición a aquellas Mietkaserne, como así también dentro de los principios que Walter Benjamin aclamaba de la arquitectura moderna, al repudiar esas inhumanas estructuras.

En referencia a ese Berlín de Piedra, Benjamin lo señala como el último castillo feudal y reflexiona sobre las ventajas de una arquitectura moderna, que con sus superficies de cristal, y sus terrazas jardín, «transformarán progresivamente a las personas; serán más libres, menos temerosas, pero también menos belicosas. Podrán entusiasmarse por la futura imagen de una ciudad por lo menos de la misma manera que hoy en día las gentes se entusiasman por los dirigibles, los automóviles o los transatlánticos».

Este maquinismo idealista de Benjamin es comparable a la admiración que por esos años Le Corbusier expresaba en sus escritos. La marcha de las antorchas de una noche de enero de 1933 marca el inicio de una de las etapas más destructivas de la ciudad y sus habitantes, sumiéndola en una catástrofe de la que muchos pensaron nunca se podría recuperar. Esta nueva etapa será otra de las marcas en su cuerpo, tanto de lo realizado bajo el régimen Nazi como por la destrucción de la batalla final en la Europa de 1945, producto de otro tipo de maquinismo. Las intenciones megalómanas de Adolf Hitler para con la ciudad de Berlín coinciden con el interés de reivindicación de las antiguas glorias imperiales, de todo lo referido al sentido nacional germano y con un aceitado programa de propaganda orientada a la intimidación y la dominación. Es Albert Speer el arquitecto que debe llevar adelante la renovación de la gran capital germana impulsada por Hitler a través de un plan de remodelación y ampliación de la ciudad como sede de una ambiciosa exposición llamada Berlín-Germania y a desarrollarse en 1947.

Speer aprovecha el material desarrollado en los planes anteriores del Gran Berlín, y a través de un sistema jerárquico de carreteras y de un reordenamiento del transportes sobre rieles, consigue un definido control de los incesantes movimientos metropolitanos. Esto se traduce en un sistema de anillos concéntricos de carreteras de relación regional, ejes de conexiones Norte-Sur y este oeste y la jerarquización de la ciudad en un nuevo centro desarrollado en el eje Norte-Sur, el cual albergaría todas las actividades relacionadas con el partido Nazi y con las compañías que lo apoyan, en un eje ceremonial a escala del desfile militar, desde la curva del Spree donde se sitúa el Grosse Halle para las asambleas del partido, para culminar en el aeropuerto de Tempelhof. La isla de los museos, antiguo centro representacional de Berlín, pasa ahora a

ser sólo una olvidada reliquia del Segundo Reich.

Por detrás de la Zaughaus y al norte del centro histórico, se planeó un gran museo a conectarse con el de Pérgamo; un museo Germánico que completaría el circuito de los museos del siglo XIX reafirmando la posición nacionalista de la intervención. La imagen de esta ciudad militarizada es ya la de la representación del poder, sobreimpuesta a los diferentes estratos que quedaron ocultos o disimulados, como lo fueron los medievales, los del Imperio decimonónico, los de la edad de oro, etc.

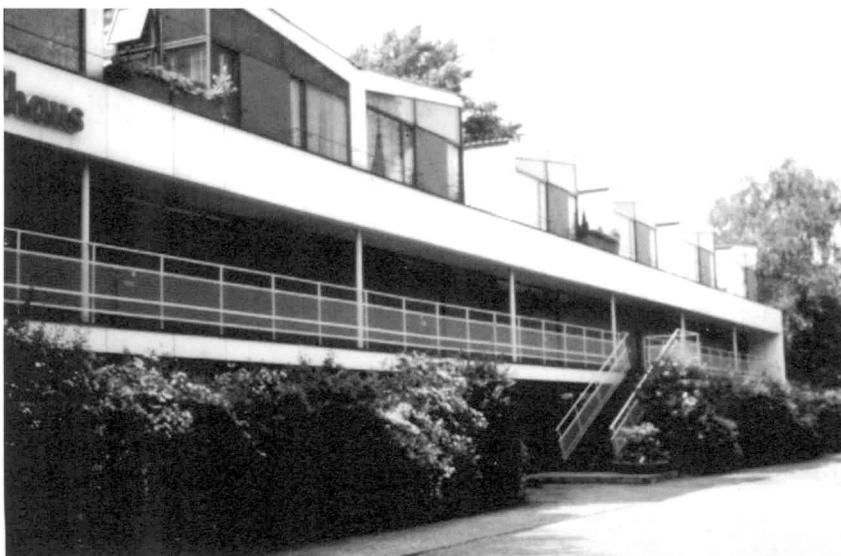
La Segunda Guerra Mundial nuevamente cambiará la faz de las ciudades y de sus habitantes, los que en este caso vivirán además el horror del holocausto. Nada podrá ser visto otra vez del mismo modo. Ahora Berlín es vista como el objetivo militar por excelencia. De sus grandes edificaciones, de sus avenidas y monumentos, ya nadie habla. Los planos de Berlín que se estudian son ahora los estratégicos. Las fotos aéreas solo intentan precisar objetivos particulares. Y todo se evapora a partir de setenta mil toneladas de explosivos que llegan desde el aire al corazón de esa ciudad de setecientos años de vida. Finalizada la Batalla por la toma Berlín y con la captura de su corazón militar por parte del Ejército Rojo, la ciudad deberá verse ya de otro modo. Se invierte la estructura de la ciudad quedando los vestigios de lo que fueron sus manzanas como depósitos de escombros y las calles como los únicos sitios de instalación de los refugios para los habitantes que sobrevivieron.

La reconstrucción será muy lenta y su propia condición de ciudad ocupada por los ejércitos aliados hará demorar su restablecimiento, dentro el contexto de las duras disputas de la Guerra Fría.

Tras la Batalla de Berlín, Alemania se divide en dos sectores y también esta ciudad. Y Berlín desde este momento será una ciudad ocupada; existirán dos Alemanias una del Este y otra del Oeste en la que el control de las comunicaciones se dará a través de los ejércitos ocupantes. La Alemania del Oeste establece su capital en Bonn conformando la República Federal Alemana y la del Este mantiene a Berlín como Capital de la República Democrática Alemana. La parte Oeste de Berlín no pertenecerá a Alemania sino que será una ciudad ocupada por los ejércitos Británicos, Franceses y Estadounidenses con instituciones bajo regímenes asimilables a las leyes y regulaciones de la Alemania Federal.

Hacia 1949 y bajo el liderazgo de Konrad Adenauer, uno de los artífices de la reconstrucción de Alemania, se elabora la nueva constitución de la República Federal basada en los principios esgrimidos en Paulskirche y reafirmados por la República de Weimar, incorporando una serie de derechos fundamentales para la democracia, para la participación y para la tolerancia. En el sector Oeste, la reconstrucción se

inicia bajo el denominado Plan Marshall siendo los años '50 el apogeo de esta etapa durante la presidencia de Adenauer, concluyendo en lo que fue apodado el «milagro alemán». Los tiempos de la reconstrucción en el Este son diferentes y también Berlín se toma tiempo para definir su estrategia al futuro. Su situación particular de ciudad ocupada por potencias que comienzan a esbozar una rígida guerra fría disminuye la velocidad de reconstrucción y obliga a soluciones negociadas para cada decisión urbana y política. Ciudades de mayor impacto en la economía de Alemania son las primeras en reorganizarse, mientras que Berlín debe esperar más para ver llegar su momento. El problema aquí no es económico sino político y estratégico. La ciudad partida en cuatro territorios de ocupación militar debe esperar casi diez años para que los protagonistas de la arquitectura Moderna den su opinión sobre cómo construir ahora en Berlín. Como lo había sido aquella exposición de la Werkbund en Stuttgart, el Interbau del barrio Hansa de 1957 en el arrasado Tiergarten será el campo de experimentación de todo lo concerniente a nuevas formas de vivienda social de densidad. Gropius, Niemeyer, Bakema, Aalto, Jacobsen, Eiermann, Baumgarten, Schneider-Esleben, Taut, Dütmann y otros, demostrarán sus ideas en los tiempos del ocaso de los CIAM. Un par de años más adelante se llamará a un concurso que intenta recomponer el rol político de Berlín dentro de una Alemania todavía muy lejos de la reunificación. Es el llamado Berlín Hauptstadt, concurso que involucra el área de Tiergarten y el Mitte. El segundo Premio corresponde a un proyecto de Scharoun que será de importante influencia posterior. Es en este concurso también donde Peter y Alison Smithson realizan un proyecto de superposición, a través de una manta moderna que sobrepone infraestructuras y densidad a los vestigios de aquel pasado imperial levemente recuperado. Como el concurso involucraba esta zona tan codiciada, y como no había ningún tipo de acuerdo en restituir la ciudad a los alemanes, no se realizó obra alguna.



Pero sí se comenzaron modificaciones unilaterales de cada uno de los bloques ocupantes como se puede ver en el Kulturforum, sector al sur del Tiergarten, donde comenzaron a situarse instituciones culturales en actos de duplicación. La filarmónica de Scharoun, La Biblioteca del mismo autor y la nueva Galería Nacional de Mies van der Rohe son paralelos de los edificios públicos del Este. Por la zona de la estación Zoo se desarrolla el nuevo centro de negocios del Oeste que tendrá su auge al dividirse físicamente la ciudad en 1961. Esta ciudad dividida en 2 partes ocupadas, entra en un desequilibrio poblacional producto de las grandes migraciones del Este al Oeste, con una cada vez más diferenciada situación política y social entre sectores, y en una tensionada puja de dominio de la política internacional entre los EEUU y la URSS desde de la guerra de Corea, y del inminente ingreso de EEUU en Indochina, desencadenando la inevitable división física de la ciudad. Es así como en Agosto de ese año la RDA decide materializar el límite y establecer un estricto control de paso de un lado al otro. Con esto se define entonces el aislamiento de Berlín Oeste dentro del territorio de una Alemania del Este que pasa a ser el vestíbulo de una zona cuyo

límite será conocido como la Cortina de Hierro. Berlín no solo se divide espacialmente sino que se divide toda su vida. Su cultura, su sociedad, sus flujos, sus servicios, sus instituciones, todo por dos. Solo tres corredores de superficie y un puente aéreo conectan Berlín Oeste con Europa Occidental. Aquel episodio de los misiles en Cuba hace tomar conciencia a los Berlineses de que son la avanzada en esa Guerra Fría. Paralelamente se van perfilando dos ciudades diferentes: Este y Oeste. Ciudad dividida con un muro que representa la ineficacia de los países ocupantes de detener la Guerra Fría y es un elemento que acentúa aún más las diferencias de esas dos ciudades tanto en lo económico, lo social y lo físico. De ciudad yuxtapuesta a superpuesta y a seccionada. Estos dos nuevos centros empiezan a mirarse a sí mismos y dejan de mirarse el uno al otro generando una zona de ruinas y edificios tapiados entre sus dos diferentes cuerpos. Se rompe la fuerza paisajística del Spree y de la antigua Linden Alee remarcando aún más el valor del vacío como lo había hecho la misma guerra. Años más adelante el mismo IBA que no comprendió el valor del vacío, sirvió como modo de presión cultural al construir gran parte de sus edificios casi contra el muro .

Desde 1969 Willy Brandt es Canciller Federal por el SPD hasta 1974, signando un período de fuertes intentos de relación entre las dos Alemanias y los dos Berlín. Será hasta la llegada de Gorbatschov como Premier de la URSS que se deba esperar una política de apertura y de autodeterminación en los países de Europa del Este. Intensas negociaciones entre el Canciller Federal Kohl y Gorbatschov durante 1988 y 1989 culminarán a fines de ese año con la caída del muro a manos de los ciudadanos berlineses, y con un difícil proceso de reunificación que necesitará mucho tiempo más para culminarse. El pueblo berlinés intenta festejar que están ahora unidos nuevamente, pero pasarán muchos años para que el muro que está en la mente de sus habitantes pueda desaparecer. La tarea de reunificación es similar al de la

reconstrucción de posguerra. Hay dos ciudades a conectar social, económica, física y espiritualmente. El rol de las infraestructuras urbanas fue un tema crucial para que sea posible tener un único espacio físico en esta metrópolis. La euforia de la reunificación llenó la ciudad de grúas, las que por mucho tiempo impregnaron inevitablemente las fotografías de los curiosos visitantes. Obras en construcción por doquier, y hasta un turismo de obras en construcción, fueron la reciente fisonomía de esa múltiple ciudad.

Hacia 1995 se inician los procesos de reubicación del Gobierno Federal en Berlín, que todavía permanecía en Bonn. Este proceso de reconfiguración de Ciudad Capital será el que le dará nuevo impulso a una ciudad que debe ahora reconectar Este y Oeste para equilibrar el mapa de su desarrollo urbano. Esta historia tan particular de la ciudad define fuertemente su carácter actual dado que cada uno de sus espacios nos habla de un tiempo y una situación en particular. Aunque muchos quieran verla como una ciudad de imagen única como lo fue la de la gran Capital Imperial del Siglo XIX, Berlín no puede ocultar el rastro de sus varios cuerpos superpuestos.

#### **Otras formas de ver a Berlín o La Plata o Rosario o...**

En un seminario que se realizó en Berlín, Rem Koolhaas, según cuenta él mismo, escuchó a O.M. Ungers hablar de un reconocimiento verdadero de la estructura de Berlín a partir de comprender todas sus épocas, todas sus componentes. Algo que desde la arquitectura no se hacía demasiado, pero que en otros sectores de la cultura se trabajaba bastante. Ungers intenta respetar la riqueza y el valor de esa condición múltiple de la ciudad, de manera de encontrar en esto los temas mismos de la renovación de la ciudad contemporánea. Entonces propone reconocer su estructura topográfica definida en su suelo, sus ríos y sus canales, su paisaje natural, reconocer el valor de sus vastos sistemas de conexiones urbanas como el

tren, el S-Bahn, el U-Bahn, las calles, los caminos, las vías navegables, las estructuras de elementos que provienen de decisiones políticas, sociales y económicas, como sectores industriales o las grandes avenidas del este, y también reconocer otra trama estructural que nos transfiera nuevos datos presente en la trama histórica compuesta por hechos singulares de todos sus periodos. Con todo esto Ungers piensa que debe hacerse un plan para no seguir construyendo sin noción de lo que verdaderamente es esta ciudad. Es aquí donde introduce la noción de Archipiélago Verde para simbolizar esa complejidad de islotes culturales, económica, sociales y físicos articulados por una nueva categoría de vacío que intensifique esas relaciones de sus diversos componentes. Esta posición tiene mucha relación con aquel proyecto ganador del concurso Hauptstadt Berlín hecho por Spengelín, quien valorizaba la presencia del vacío como método de refuerzo de las estructuras anteriores y de las nuevas incorporaciones. Edificios y estructuras se componían con intersticios de espacios vacíos, en ese caso verdes, valorizando el sentido de vacío y el de los objetos contenidos. El mismo criterio que Ungers promovía es también el adoptado en el proyecto para Melun-Senart de OMA. Se comprende entonces el valor del vacío como regenerador de la ciudad. El valor de lo que falta, de lo que hubo, el valor de la ausencia. Cuando se intenta restaurar la ciudad en experiencias como las del IBA, se olvida pensar en esa complejidad de la ciudad añorando una parte aislada de ella, ya sea física o temporal. Para Ungers la restauración pura y simple confunde lo que se considera historia real con historia artificial. Este concepto es sumamente interesante trasladarlo a La Plata para revisar a través de él nuestra ciudad, en momentos en que se habla de restauración y de recuperación de patrimonio. La Plata tiene medianeras desnudas, vacíos o lugares que nunca han sido construidos, es decir, rastros propios pero que son lejanos y distantes de la mirada de un restaurador, pero que definen su particular identidad.

La identidad que tiene la ciudad y no la identidad que supone y le adjudica el conservador de arquitectura al ejercer un sistema de conjeturas canónicas de dominación. Lo que existe está y es mucho más fuerte que una construcción mental individual conservadora. Lo peor que se puede hacer con La Plata es reconstruir una historia que no fue, que no sucedió, que los historiadores se lamentan porque no la vieron, pero no ven los hechos que hoy representan la historia de la ciudad.

El IBA de Berlín fue el caso posmoderno de esta visión reductiva, tan discutida entre Lampugnani y Libeskind sobre el orden y su banalidad. La vacía construcción abstracta de la ciudad de los conservacionistas los inmoviliza y no los deja operar. Cuando Libeskind tiene que proyectar Alexanderplatz recurre al material que tiene en la ciudad y al que tiene en su mente y con ello realiza un proyecto mucho más respetuoso y contextual que los rascacielos neoyorquinos de Hans Kollhoff.

La primera imagen de este texto muestra Breitscheidplatz, lugar que resume las varias trazas superpuestas de un sector de la ciudad que no deja de ser actual y que nunca será transformado en cadáver museístico.

El patrimonio es lo que tenemos, lo bueno y lo malo; debe y haber. No deberíamos pretender definir una ciudad sólo por sus cosas bellas como si lo que no lo es no fuera esencial a su alma.

Entre nosotros y en nuestra ciudad, hay mucha gente que cree que podemos volver a una ciudad idílica del siglo XIX, obviando todo lo que sucedió en cien años y añorando lo que no se pudo tener. Puesto que no podemos tener lo que no existió, podemos trabajar con lo que hay, intentando ver a La Plata como «una ciudad dentro de la ciudad» como hizo Ungers con Berlín, para poder descubrir sus elementos, sus capas, sus islotes, y sus maneras de yuxtaponerse o sobreponerse. Pararse en esa posición equivale quizás a la posición contextual que J.F. Kennedy intentó en 1963, al exclamar en las calles de aquella ciudad «Ich bin ein Berliner» ■

